

alegrásteis al saber que estaba admitido á suministrar sus luces y consejos á nuestro benéfico Soberano; que concebísteis las mas fundadas esperanzas de llegar pronto á un estado de felicidad y esplendor; que formásteis el presagio de una suerte mejor y mas alegre para vuestros hijos; que desde este momento visteis en Filangieri el mas firme apoyo de los derechos de la nacion y de los verdaderos intereses de la soberanía: este es el lugar en que debiera yo daros razon de sus acciones, de sus consejos, de sus pensamientos, de sus grandes designios en la breve duracion de este cargo, de todo lo que hizo, y de todo lo que se proponia hacer para que fuéreis verdaderamente felices. Pero ¿cuales serian entónces los límites de mi discurso? ¿En que augustos misterios no habria de internar sus atrevidos pasos?

Baste decir que los infinitos objetos de las discusiones de nuestro supremo Consejo de hacienda, los pormenores de la administracion de las provincias, los negocios contenciosos de los tribunales á que está confiada la jurisdiccion relativa al patrimonio del estado, la teoría de nuestro numerario, la de todas nuestras imposiciones, el adelantamiento de nuestra agricultura, de nuestras fábricas y comercio, las verdaderas relaciones de estas partes, que constituyen la riqueza nacional, con el estado del crédito ó débito respectivo de las demas nacio-

nes, y de la respectiva balanza de sus permutas; en suma, todo lo que se proponia por objeto de pronto consejo, ó de sistema meditado, llevaba el sello de la benéfica actividad de los sumos talentos y del corazon virtuoso del caballero Filangieri. Sus pensamientos y reflexiones se presentaban siempre acompañados de aquella viva persuasion y de aquella elocuencia animada que no solamente manaba de sus labios, sino que se leia tambien en sus ojos, en su ademan, y en su frente liberal é ingenua. Baste decir que la sabiduría de sus consejos era siempre sostenida por una noble firmeza de carácter, fuerza del ánimo, que separada de las luces y de la prudencia es una terquedad ciega, digna de la execracion de los hombres; pero que cuando está animada por las reglas de la sabiduría, viene á ser la base mas sólida de los gobiernos, y quizá la primera virtud de la administracion. Baste decir que el entusiasmo del bien público inflamaba todos sus pensamientos, y que este entusiasmo que se dejaba ver en todas sus palabras, no era en él una afeccion peligrosa del espíritu, por la cual suelen substituirse abstracciones perniciosas á las ideas útiles que suministra una sabia experiencia, y se convierten en ídolos vanos las nociones mas halagüeñas y quiméricas. Despues de meditar sus planes y preparar sus consejos en la calma y en el silencio de la razon; des-

pues de llegar con paso tranquilo á descubrir la verdad, se abandonaba al entusiasmo del corazón, á toda la fuerza de este benéfico movimiento del alma, del cual y no de otro son un resultado seguro aquellos sentimientos que sostienen la verdad y hacen palpable la razón. Baste decir por último, que la guía fiel á que parecía atenerse únicamente el caballero Filangieri en el difícil y tortuoso sendero de la administración, era la tutela de la gente pobre, de la última, pero la mas numerosa y mas respetable clase de la sociedad. Siempre atento á las miserias de la humanidad, deseaba que en todas las operaciones de real hacienda fuese bendecido el nombre de sus caros Soberanos en las cabañas y en las chozas de los pobres, y en medio de la mendicidad de las provincias, mas bien que entre la orgullosa opulencia y el lujo insensato de la capital, y en los dorados palacios de los grandes.

Pero á este alegre espectáculo sucede rápidamente una triste y funesta escena. La profunda aplicacion á que se habia entregado el caballero Filangieri, desde su primera edad, de un modo excesivo á la medida que permitian sus fuerzas físicas, sin embargo de que era de constitucion muy robusta, habia llegado á debilitar su vigor: de forma que desde el año 1781 padecia dolores de estómago, ataques de nervios é hipocondría; enfermedades familiares

á las personas estudiosas y de ingenio vivo. Por la recíproca é íntima correspondencia que hay entre la facultad de pensar y los órganos destinados á recibir todas las impresiones externas, sucede que el esfuerzo frecuente y la mucha y continua tension en una parte producen infaliblemente desconcierto en la otra, y destruyen la oculta armonía que es el principio esencial de nuestra vida.

El grande amor de la verdad que agitaba al caballero Filangieri, y mas principalmente el intenso deseo de ser útil á la humanidad con sus libros, pasion que no le abandonó en ningun momento de la vida, le hicieron huir siempre de sujetarse á un constante y seguido método curativo, cuya parte mas esencial debia ser el abandono de las meditaciones y del estudio. Asi es que empezó á padecer de cuando en cuando unos cólicos terribles. Habiendo pasado á vivir en la casa de campo de Cava, la falta de amigos que le distrajesen algunos ratos fué causa de que se engolfase mas en los trabajos literarios. Casi todos los dias consagraba doce horas á la mas profunda aplicacion, y muchas veces sin que mediase entre ellas el menor intervalo. Constante en el sistema de dar poquísimo tiempo al sueño, estaba siempre en su gabinete durante el invierno muchas horas ántes de salir el sol. Estas graves é incesantes fatigas, juntas con la temperatura fria y húmeda de Cava,

hicieron mas terribles y frecuentes los cólicos, y alteraron en gran manera su salud, cuyo estado era ya muy ruinoso cuando volvió á Nápoles para ocupar el cargo que se le habia conferido. En el verano del año anterior, y en el invierno siguiente, le vimos por dos veces á la orilla del sepulcro en dos furiosos ataques cólicos. Las vivas instancias de su virtuosa consorte, y las de sus parientes é íntimos amigos apenas podian arrancarle del trabajo y de la meditacion por algunos dias. Volvia luego con mas ardor, y queriendo resarcir el tiempo que le habian robado estas breves intermisiones, se consagraba á un estudio mas seguido.

Un mal parto de su muger, ocurrido en el año 1788, y una grave enfermedad de su hijo primogénito, le obligaron á desistir de sus tareas, pero afligiéron extraordinariamente su corazon. Con el objeto de lograr algun alivio, y de que su hijo respirase un aire mas puro durante la convalecencia, se trasladó con toda su familia á Vico Ecuense.

¡ Gran Dios ! ¡ cuan breve es la vida del hombre ! ¡ de cuantas tinieblas estan rodeados nuestros juicios ! Todos nosotros llenos de alegría creimos que en esta mansion daria el caballero Filangieri un poderoso auxilio á su preciosa existencia, y esta mansion debia ser el fúnebre teatro de su muerte. Allí debia desenvolverse toda la irresistible fuerza de aquel veneno cuyo

gérmen funesto se habia introducido en su seno por medio de un trabajo incesante.

Acometido de improviso de una terrible afeccion ilíaca, se siguió á esta una calentura pútrida y maligna, cuyas nuevas y violentas accesiones indicaron al cabo de pocos dias cuanto habia que temer. Fuéron inútiles todos los socorros de la medicina. Estaba ya en su corazon el dardo mortal. Un adormecimiento letárgico habia ocupado todas sus facultades intelectuales desde el viérnes 18 de Julio. La mañana del dia siguiente volvió en su acuerdo por un brevísimo espacio, y en estos pocos momentos vió con rostro sereno el estado á que se hallaba reducido. Quiso luego cumplir prontamente los últimos deberes de nuestra augusta religion, é inundada su alma de la preciosa paz y de la suave conciencia de la virtud, se mostró ya suelta de todos los lazos que la sujetaban á los sentidos, y deseosa y pronta á reunirse con el Ser supremo. Al momento redobló el mal su furor, y unos sacudimientos convulsivos violentísimos le precipitaron de nuevo en un profundo letargo mucho mas terrible que el primero. ¡ O imágen cruel que siempre estás presente á mi espíritu, y alimentas mi acerbo dolor ! El mas puro y ardiente amor conyugal, la mas tierna amistad, el afecto de los parientes rodeaban aquel lecho funesto donde yacia el adorable esposo, el caro amigo, el hombre

grande é ilustre. Pero ni el afecto de los parientes, ni la amistad ni el amor conyugal pudieron lograr un solo interrumpido suspiro, una sola lánguida mirada. La improvisa niebla que habia ocupado anticipadamente las facultades de su espíritu, nos privó tambien, en medio de tanto duelo y amargura, del débil consuelo de escuchar aquellos recuerdos de virtud que la tenue é interrumpida elocuencia de los últimos momentos hace tan penetrantes y tan respetables. En este estado permaneció hasta la noche siguiente al lunes 21 de Julio, en que la Italia y la tierra acabaron de perderle, no habiendo aun cumplido los treinta y seis años de edad.

Una muerte tan prematura fué una calamidad pública para Nápoles, y una pérdida amarga y luctuosísima para toda Europa. Al oír la infausta nueva, no hubo clase de ciudadanos que no espermentase un profundo dolor. El llanto universal de los infelices y desvalidos, las vivas lágrimas de los literatos y filósofos, daban bien á entender que este golpe fatal habia acabado con el vengador animoso y el mas fuerte apoyo de aquellos, y con el amigo, el protector, y el mas digno ornamento de estos. Persuadidos nuestros amables Soberanos de que el don mas precioso que hace la naturaleza á los monarcas es el de un súbdito virtuoso é ilustrado, capaz de comprender todas las obligaciones del trono, y digno de facilitar su cum-

plimiento con el auxilio de sus luces, honraron con sus lágrimas la muerte del caballero Filangieri; y no contenta con esto su virtuosa sensibilidad, derramó los rayos de su real beneficencia sobre los tiernos hijos de este ilustre ciudadano, manifestando en un soberano diploma los sentimientos mas honoríficos á su cara é inmortal memoria (1).

Fué enterrado su cadáver en la iglesia catedral de Vico Ecuense, donde una lápida, tanto mas augusta quanto mas sencilla, conservará su memoria á la posteridad. Nos han quedado de este grande hombre dos hijos y una hija de corta edad, prendas de una tierna y sagrada union (2).

(1) Es bien sabido que habiendo dicho algunos cortesanos en presencia del Rey, cuando acaeció la muerte del caballero Filangieri, que la pérdida era gravísima é irreparable, lanzando S. M. un profundo suspiro respondió que él habia perdido mas que todos en la muerte prematura de aquel digno é ilustrado vasallo: palabras que forman el mayor elogio del caballero Filangieri, y al mismo tiempo del corazon é ingenio de nuestro augusto Soberano, que sabe conocer el verdadero mérito, y darle el debido honor y aprecio. Es tambien notorio que ademas de una pension anual que señaló desde luego para la manutencion de los hijos del ilustre difunto, aseguró S. M. á la viuda que cuidaria particularmente de ellos, por la estimacion y afecto con que habia mirado á su padre. Nuestra piadosa Soberana los ha tomado igualmente bajo su especial y benéfica proteccion, de la cual les da continuas pruebas.

(2) Murió la hija cuando se estaba imprimiendo este elogio para la primera edicion que se hizo en 1788.

Los dos varones, Carlos y Roberto, muestran ya en los primeros años de la infancia claras señales de ingenio pronto y elevado. ¡Ojalá nos ofrezca el desarrollo de sus facultades intelectuales y morales una viva imagen de lo que la naturaleza nos ha arrebatado tan precipitadamente! ¡Ojalá lleguen á ser nobles y dignos frutos de la escelsa planta que los ha producido, y ojalá encuentren en los hijos el Soberano y la patria una justa compensacion de la grave pérdida que han sufrido en el padre! Entretanto procuremos dar una noticia exacta de cuanto se ha hallado en los pocos manuscritos suyos que nos quedan; pues como en ellos se conserva una gran porcion de sus sublimes pensamientos, se deben considerar como un resto de su espíritu, y como una herencia inestimable. Recorramos el contenido de estos manuscritos, y tendremos nuevos motivos para celebrar y para llorar al caballero Filangieri. Se me presenta en primer lugar el tomo octavo de la CIENCIA DE LA LEGISLACION, el cual se ha hallado enteramente concluido. Comprende la primera parte del libro quinto, cuyo objeto eran todas las leyes pertenecientes á la religion.

Hacia poco tiempo que el caballero Filangieri habia concluido este octavo tomo, y se habia preparado á la composicion del noveno, con el cual queria dar fin á toda la parte de la Ciencia

legislativa que pertenece á la religion; y habiendo de hablar del cristianismo, que reducido á su primitiva pureza era considerado por él como la religion que contenia todos los caracteres de los bienes que dejaba indicados, y todos los que alejaban los males contrarios, se entregó á un estudio profundo de los sagrados códigos, y de las obras de los primeros padres de la Iglesia. Ya habia dispuesto en su mente, segun tenia de costumbre, el vasto asunto de este tomo; pero en muchos meses no pudo empezar á estenderle, por las infaustas circunstancias domésticas de que se ha hecho mencion: y apenas habia puesto mano á este trabajo en la casa de campo de Vico, cuando fué acometido de la última enfermedad. Allí encontré pocos papeles, cuando despues del momento terrible de su muerte pasé entre suspiros y lágrimas, inconsolable por la pérdida de tan grande amigo, á salvar por lo menos todos los preciosos fragmentos de sus escritos. No contenian estos papeles mas que una nota de ciertos libros que debia consultar para algunos puntos particulares del tomo nono; el índice de los capitulos de que habia de constar, y algunas pocas indicaciones de los asuntos que se proponia tratar en cada capítulo. Creo obligacion mia referir fielmente su contenido, porque combinandose todo esto con las teorías espuestas en el tomo anterior, se podrá á lo menos conocer cual era el sistema

total que habia formado Filangieri en esta parte de la Ciencia legislativa.

Se proponia pues recorrer primeramente todas las falsas religiones, demostrar sus inconvenientes, y sugerir los medios de precaverlos (1). Despues intentaba hablar (2) de las ventajas inestimables del cristianismo, y (3) de los extremos, igualmente perniciosos, de la supersticion y de la irreligion, de las cuales debe estar siempre muy distante: y aquí, despues de presentar la historia de los males que la supersticion y la irreligion han causado en el cristianismo, intentaba hablar de los males producidos en él por la mezcla del gobierno espiritual con el temporal, por las escesivas riquezas de los clérigos, por su ignorancia, por su venalidad, por el trastorno de los verdaderos principios de la espiacion, por la introduccion de las inmunidades personales, y por el escesivo incremento de la potestad sacerdotal.

Pasaba despues á averiguar los verdaderos principios por los cuales pueden fijarse los límites entre el sacerdocio y el imperio (4): y aquí se proponia mostrar la insubsistencia del principio de donde parten los defensores de los dos partidos opuestos, deduciendo el derecho del hecho; y tratar ademas de las abusivas pre-

(1) Cap. I, II, III, IV.

(2) Cap. V.

(3) Cap. VI.

(4) Cap. VII.

tensiones de unos y otros; de las revoluciones del derecho eclesiástico; de la autoridad de los concilios y de su superioridad sobre los Papas; de la falibilidad de estos últimos; de la libertad de las diversas iglesias, de los requisitos que deberian concurrir en las leyes eclesiásticas para que tuviesen vigor, y de los verdaderos principios de donde debe deducirse el derecho de los Soberanos en lo que concierne al gobierno de la Iglesia.

Desde estos objetos debia pasar el caballero Filangieri al modo con que la legislacion debe hacer uso de estos principios para precaver ó destruir los indicados extremos (1), y á las causas por las cuales se introducen (2): y aquí queria hablar de la ignorancia de donde nace siempre la supersticion, de la ciencia superficial que conduce al ateismo, y de la inmoderada ambicion de los clérigos. Despues intentaba mostrar que remedios oponen á la introduccion de los espresados extremos las demas partes de su sistema legislativo (3), y cuales son los que debe oponerles con especialidad esta parte que concierne directamente á la religion (4). Para esto habia determinado analizar con claridad estos últimos remedios, y discurrir ante todas cosas de las leyes relativas á la eleccion de los

(1) Cap. VIII.

(2) Cap. IX.

(3) Cap. X.

(4) Cap. XI.

gefes (1) y demas individuos del sacerdocio (2), en seguida de las relativas á su subsistencia (3), al ejercicio de la jurisdiccion eclesiástica (4), al de las funciones eclesiásticas (5), al culto público (6), y, en fin, de la tolerancia religiosa (7).

He aquí todo lo que nos queda del mas vasto monumento que jamás se erigió por un hombre en honor y beneficio de la humanidad. ¡Dichosa ella, que ha reconocido en la obra de la CIENCIA DE LA LEGISLACION y mirado con religioso respeto la imagen de una Divinidad protectora, y mas dichosa aun, si la sabiduría de los Monarcas de la tierra adopta sus preceptos, y la anima, como animó un Dios la de Prometeo!

Observando esta obra en general, hallamos en todo su sistema aquel carácter de unidad y de ciencia, que la hace verdaderamente original, y digna del respeto de los siglos y de las naciones. Un corto número de ideas fundamentales sirven de base á las muchas ideas interesantes que concurren á formar su tejido. Una verdad da luz á la que sigue, y esta luz va siempre en aumento, convirtiendose por último en brillante antorcha. Las verdades mismas dichas anteriormente por otros adquieren de este

(1) Cap. XII.

(2) Cap. XIII.

(3) Cap. XIV.

(4) Cap. XV.

(5) Cap. XVI.

(6) Cap. XVII.

(7) Cap. XVIII.

modo un nuevo carácter y un aspecto mas digno, y así nos ofrece la CIENCIA DE LA LEGISLACION aquella feliz armonía de todas las partes, en que se encuentra esclusivamente la verdad que buscamos en los pensamientos y en las combinaciones, y la belleza que cautiva nuestros deseos y afectos. En una palabra, parece que el caballero Filangieri imitó y aun igualó la maravillosa conducta de la naturaleza, pues que toda la obra no es mas que el desarrollo y la emanacion de pocos principios universales y constantes.

Si la unidad, el orden y enlace forman la solidez y el nervio de esta obra, el fuego de un recto y vigoroso sentimiento le comunica aquel grado de calor que es necesario para interesar y conmover el alma de los lectores, y para conducirla voluntariamente á la luz de la verdad, que por desgracia es demasiado aborrecida. Mil rasgos esparcidos en ella manifiestan un hombre superiormente virtuoso, penetrado de las calamidades que afligen al género humano por las constituciones políticas viciosas, y por los defectos legislativos, y atormentado del deseo de prestarle un poderoso auxilio. Lejos de aquella frialdad de estéril razonamiento que ciertamente no puede escitar el entusiasmo necesario de las cosas grandes y del bien público, espone todas las doctrinas con una elocuencia varonil y al mismo tiempo abundante,

que suele desechar los adornos inútiles, y vestirse de aquellas robustas y magestuosas imágenes que dan nuevo esplendor á la verdad, y hacen mas eficaz y persuasivo su language; con una elocuencia que, rica de conocimientos é ideas, hace unas veces alarde de su pompa, y otras los supone ó los indica sencillamente; con una elocuencia que ya camina con paso grave y tranquilo, ya se precipita, se eleva, se sostiene, desciende, detiene su vuelo, tomando su belleza y su órden del desórden mismo y de una irregularidad aparente; con una elocuencia que, lejos de ceder al yugo de las espresiones, las domina con imperio, y en que el descuido de algunas de ellas es hijo de los grandes movimientos del alma del escritor; en fin, con una elocuencia que comunica vigor y vida al asunto mas árido, y que discurre, pinta, instruye, persuade y deleita.

¿Cuan superior es esta elocuencia á aquel arte vano y vulgar que mide friamente las palabras y las frases? ¿Cuan superior es á aquella elocuencia que se detiene en la sola melodía de la lengua, y se limita á combinar palabras para encantar los oidos con una serie armoniosa de voces? ¿Cuan superior es á aquella aplaudida rapidez que confunde y embrolla los objetos; á aquella pretendida delicadeza que suprime todas las ideas intermedias; y á aquella supuesta sublimidad que afecta comprender en un sol

pensamiento el gérmen de una larga serie de otros?

No debe callarse sin embargo que hay en esta obra ciertas ideas de reforma que á primera vista han parecido á algunos de imposible ejecución, reputandolas por sueños filosóficos que deben colocarse en la misma línea que la paz perpetua del abate St. Pierre, y otras semejantes imaginaciones benéficas de hombres escesivamente inflamados del entusiasmo de la humanidad. Pero prescindiendo de que estas ilusiones mismas tienen el mérito apreciable de poder preparar felices revoluciones á la posteridad, es necesario reflexionar que las mudanzas y reformas propuestas por Filangieri en los diversos ramos de la legislacion no se deberian ejecutar separadamente, sino todas á un mismo tiempo: y de este modo resultaria un efecto feliz de todas las partes de su sistema. El obstáculo de las útiles reformas que propone, consiste únicamente en los abusos, en los males, en las preocupaciones introducidas por la opresion, por la calamidad de los tiempos, por la ignorancia, por la supersticion, por la colision y diversidad de los intereses particulares. Eduquense pues los ciudadanos, instruyanse, illustrense, hagase que gocen del mayor grado de libertad civil, unanse los intereses privados con la utilidad comun; y la moral pública, junta con la cultura nacional, no hará ya mirar como sueños algunas

formas de proceder en los juicios criminales, algunas operaciones económicas muy beneficiosas, ni el plan mismo de educación popular que propone el caballero Filangieri. Enlacense todas las cosas entre sí: sean todas ellas causa y efecto á un mismo tiempo; y sus útiles y saludables resultados serán la felicidad de los hombres, su virtud, su tranquilidad, y la seguridad social.

Mas no era la CIENCIA DE LA LEGISLACION la única obra que absorvía todos los cuidados filosóficos del caballero Filangieri. Talentos medianos, que considerais el término de vuestras miras como la mas vasta medida de toda la estension posible: espíritus vulgares, que consumis toda vuestra energía en un solo objeto, y os adormeceis en el seno de una escasa y débil gloria, oid las otras tareas literarias que se habia propuesto este ilustre filósofo, y cuan grande espacio desconocido á vosotros intentaba correr. Aunque los poquísimos manuscritos que nos han quedado se reducen á bosquejos y á breves líneas no bien señaladas, con todo, si omitiese conservar su memoria, creeria faltar á aquella exactitud de que me constituí deudor á la humanidad entera, cuando tomé á mi cargo la empresa de escribir la historia del caballero Filangieri.

Habia pues ideado ocuparse; despues de concluida la CIENCIA DE LA LEGISLACION, en com-

poner otra obra intitulada: la NUEVA CIENCIA DE LAS CIENCIAS, en la cual intentaba reducir todas las ciencias á aquellos últimos y pocos principios generales, de donde nacen, como de una fuente, todas las series de verdades y doctrinas que concurren á constituir las. Se le escitó la idea de esta obra, cuando en el tomo sexto de la CIENCIA DE LA LEGISLACION escribió el plan por donde debe arreglarse la educación científica de los individuos de la segunda clase del pueblo. Discurriendo allí sobre el modo con que se deben comunicar á los alumnos las instrucciones científicas, reflexionó que « todas » las verdades tienen entre sí un enlace, y que » esta cadena interrumpida frecuentemente á » los ojos de los hombres es tan continuada en » la suprema inteligencia de la Divinidad, que » todo el saber de esta se reduce á un principio » único é indivisible, del cual son consecuen- » cias mas ó menos remotas todas las demas » verdades; y añadió, que si pudiésemos nos- » otros conocer todas las demas verdades, po- » dríamos descubrir esta cadena, y llegar á este » principio. Entónces dependeria toda ciencia » de un solo principio, y los principios de las » diversas ciencias serian unas consecuencias » mas inmediatas de aquel principio único é » indivisible, en que estarian comprendidas » todas ellas. »

El objeto pues de esta nueva obra era des-

cubrir, en cuanto lo permitiesen los estrechos límites de la inteligencia humana, la conexión y enlace de las verdades que pertenecen á cada ciencia. Ya que sea imposible llegar hasta el primer eslabon de la gran cadena del saber, de donde parten las varias ramificaciones que constituyen las diversas ciencias, se prometia á lo menos el caballero Filangieri llegar á los primeros eslabones de las diversas series de verdades que pertenecen á esta ramificación, y esforzarse por este medio á tocar en los primeros principios de cada ciencia. Se proponia en suma desenvolver la metafísica de todas las ciencias, reducir todas las verdades particulares al principio mas general, y hacer así de todas las ciencias una sola universal y superior, guiando el entendimiento humano hasta el último y escelso grado de saber de que es susceptible su perfectibilidad.

Tenia el caballero Filangieri una pasión indecible á esta obra, y habia empezado ya á fecundar en su espíritu el germen de una producción tan grande. Así, cuando interrumpia por algun tiempo su continuo trabajo sobre la CIENCIA DE LA LEGISLACION, se dedicaba á meditar en aquella obra, cuyo objeto hacia estudio de ocultar á sus mas íntimos y mejores amigos. Pero entre sus papeles no se ha encontrado acerca de este asunto mas que un pliego, en que estan anotados algunos libros que debia

consultar para este gran trabajo, y en que se lee un fragmento de la introducción de la obra, que copiaré aquí fielmente, porque explica con suma energía todo su plan. Estas pocas líneas preciosas se escribiéron en un momento de noble é ilustrado entusiasmo; momento feliz en que el espíritu del hombre se atrevió á elevarse á esta altura infinita. Por débiles que sean los rayos de inmensa luz que nos comunica este fragmento, deben llenarnos de admiración y ensalzar nuestro espíritu, mostrándonos hasta que punto pueden llegar las fuerzas intelectuales del hombre.

« ¿Que es lo que sabemos (dice), y que es » lo que podemos saber? ¿Por que parte son » inmobiles los límites de las ciencias, y por » que parte pueden estenderse? ¿Cual es su » imperfección necesaria, y cual la que puede » repararse? ¿Cuales son los vacíos que in- » terrumpen la gran cadena de las verdades, y » entre estos cuales son los que pueden llenarse, » y cuales serán eternos? ¿Hasta que punto es » permitido al hombre limitar el número de » los principios, ó, lo que es lo mismo, hasta » que punto le es permitido aproximarse á » aquella verdad única de que proceden todas » las demas, y cuales son los obstáculos insu- » perables que le impedirán siempre llegar á » ella? He aquí los objetos de la *nueva ciencia* » de las ciencias, y el gran paso que presenta » al entendimiento humano.

» Miremos pues las ciencias como las mira
 » la Divinidad. Elevemonos sobre ellas para
 » contemplarlas, examinarlas y juzgarlas. Lo
 » que ahora tiene un solo aspecto, tendrá en-
 » tónces muchos. Lo que ahora se mira por un
 » solo lado, se mirará entónces por todos. Ve-
 » rémos de arriba abajo el vértice de estas
 » grandes masas, y convertiremos, cuanto mas
 » nos sea posible, este archipiélago de islas en
 » una gran cordillera. »

Meditaba ademas un nuevo sistema de historia, á que daba el título de HISTORIA CIVIL, UNIVERSAL Y PERENNE, con la que se proponia manifestar en las historias particulares de todas las naciones la historia general y constante del hombre, de sus facultades, de sus inclinaciones y de su sucesivo desarrollo; de la prodigiosa variedad de las constituciones civiles y políticas que de aquí han resultado; del influjo de estas en la condicion general de la especie humana, y en la felicidad ó infelicidad de los individuos; del curso de sus ideas morales y científicas, de sus opiniones, de sus sistemas religiosos; y de todos los progresos de la sociedad, desde la cabaña del salvaje hasta el palacio del déspota, desde el estado de la primitiva rusticidad hasta los mas delicados primores de la civilizacion: siguiendo exactamente en todo el cuerpo de la historia del antiguo y nuevo hemisferio los diversos períodos de la

sociabilidad, de la perfeccion y cultura del hombre.

Habló de la idea de esta obra en la CIENCIA DE LA LEGISLACION, y dijo que habia preparado algunos materiales para ella. Pero solo se encontró entre sus papeles una apuntacion de los libros que habia de consultar para la clara y precisa serie de los hechos que podian servir de base á sus discursos y á su sistema. Tenia por costumbre invariable no empezar jamas á estender y escribir pensamiento alguno relativo á los objetos de sus obras, sin haberlos digerido y madurado ántes perfectamente, y formado el plan completo á que debia arreglarse en su trabajo, para lo cual bastaba por sí solo el vigor y estension de su talento, por amplia y difícil que fuese la serie de los asuntos y de las ideas.

¿Pero que son todas estas grandes producciones del espíritu; que son las mas difíciles combinaciones de las ciencias, y los mas maravillosos cálculos de la razon, comparados con las acciones virtuosas, con las sublimes cualidades del corazon, con aquella preciosa suavidad de costumbres, que no contenta con grangearse el respeto y aplauso tiene un pleno derecho para enternecer y encender los ánimos en dulce benevolencia y amor? Si rara vez se estiende el elogio de los literatos á mas que á la sola recomendacion de los talentos; si rara vez van acompañadas las sublimes cualidades del espíritu de

las mas sublimes de una virtud ilustrada; si esta, que debería ser siempre el efecto de las luces, rara vez se vé unida á ellas con amigable lazo; si rara vez se halla unida al genio de Platon el alma de Socrates y de Aristides, ¿que precioso tesoro no poseíamos nosotros en el caballero Filangieri, en quien se encontraba del modo mas completo esta rara y admirable concordia entre el espíritu y el corazon, formados grandes por la naturaleza, y engrandecidos aun mas por una útil y verdadera filosofía? ¡O! ¿quien me diera la voz y las palabras convenientes para pintar, como corresponde, la hermosura de su alma, aquel candor que la distinguia, aquella beneficencia universal, aquel ardiente amor de la humanidad y de la patria, aquella tenaz y sincera adhesion á sus obligaciones y á sus principios, aquella exacta justicia sin degenerar en rigor, aquella amistad santísima cuya llama se aumentaba de dia en dia, aquella pura y sublime religion, y todas las demas escelsas virtudes que habian fijado su asiento dentro de su noble pecho?

El carácter moral del hombre es el último y eminente resultado de la combinacion natural y facticia de las facultades, opiniones, afectos, sentimientos y hábitos, por los cuales se suministra al alma una fuerza desconocida, que une casi en un punto solo la accion á la voluntad, y la voluntad al pensamiento. Hay hom-

bres á quienes sirve de carácter un sistema constante de principios y de ideas: hay otros á quienes solo el carácter sirve de principios y de ideas; mas cuando en un hombre se unen estrechamente el carácter moral y los mas sólidos y verdaderos principios, entónces es esta la obra grande y privilegiada de la naturaleza y de la educacion, que es puntualmente lo que se encontraba con la mayor perfeccion en el carácter del caballero Filangieri.

La mas viva y enérgica sensibilidad formaba su base: no aquella sensibilidad aparente que mas bien debe llamarse vana y ridícula hipocresía de nuestro siglo, ni aquella verdadera, pero comun, que se agita al solo aspecto de la pena y del dolor, y se calma luego que vuelve la vista á otra parte, sino una sensibilidad tan vasta, tan durable, tan profunda, que llegaba á unir su felicidad particular con la de una nacion entera; que le presentaba igualmente el infeliz que estaba inmediato á él, y el pobre desconocido en lo último de la mas remota provincia; que le hacia oír su llanto, y le mostraba sus lágrimas; que en la inmensidad del universo destruía las distancias que separan á los infelices, y le aproximaba á cada instante todos aquellos objetos que podian conmover é interesar su corazon; que le identificaba en cierto modo con estos objetos, y parecia confundir la existencia de ellos con la suya propia.